

—Dios mío!
 —Os garantizo más: no llevaré puñal, ni revólver, ni arma ninguna, sino los utensilios de mi profesión.
 Berta miró fijamente á aquel hombre terrible que la trataba como un extraño, y luego exclamó:
 —Y mi hijo, mi pobre hijo!
 —Vuestro hijo vivirá, señora; es cuanto puedo hacer por vos.
 Al día siguiente el Barón Monet mandó llamar á Marliani para que le hiciese el busto.
 Marliani acudió con todo lo necesario para la primera obra.

Al ver al Barón brilló un relámpago de ira. El Barón estaba ya bastante gastado, flaco y cargado de espaldas.

—Vamos, señor escultor, dijo con aire de indiferencia, mi mujer quiere que hagáis mi busto.

—Y he traído todo lo que puede necesitarse en la principal tarea; pero os advierto, señor Barón, que debéis permanecer sin hacer el menor movimiento, porque de otro modo no quedaría él bien y mi reputación sufriría.

—Ese es asunto vuestro, contestó el Barón sentándose en un sillón: ¿os parece que estoy bien así?

—Si el señor Barón lo permite, lo más conveniente es practicar la manera romana.

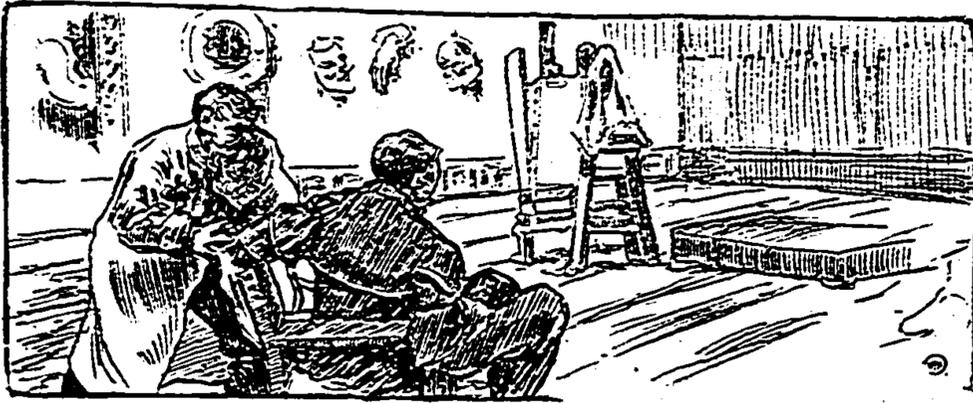
—¿Y cuál es ella?

—Ataros al sillón de modo que no hagáis el menor movimiento.

—¿Y qué dificultad hay en eso? Podéis hacerlo.

—Bien, señor; tampoco debéis abrir los ojos para que no se os dañen, pues practico un procedimiento sólo mío, del cual proviene la maravillosa exactitud de mis bustos.

—Convenido.



Marliani ató al Barón al sillón; y una vez atado, contemplóle atentamente, con mirada en que relampagueaba el odio, tomó la pasta de yeso, y le dijo:

—Nunca habéis tenido noticia de Luis Lefranc, el marido de vuestra mujer?

El infeliz Barón, lleno de espanto, y sin poder pronunciar palabra, fijó la vista en Marliani, y se estremeció con angustia considerándose ya en la agonía.

Marliani comenzó á aplicarle al rostro la capa de yeso que debía tomar sus formas y que se iba secando á medida que el escultor la hacía más espesa y la apretaba: y en vano el Barón se debatía ahogándose.

—Pensad, le decía Marliani, en vuestro crimen y en los horribles sufrimientos de vuestra víctima. Duraron largos años, duran aún, y no un momento como vuestra agonía.

Pronto el Barón Monet quedó inmóvil: había muerto.

Marliani tomó la mascarilla, quitó las cuerdas al cadáver y se introdujo en la alcoba de Berta.

—Señora, le dijo, ya sabéis

que el Barón Monet ha muerto de repente, y que me habéis llamado para sacar su mascarilla. Tomadla!

Berta lanzó un grito, pálida de terror, y cayó sobre una silla.

Días después Marliani dejaba á París y se establecía en Roma.

—Mr. Cremieux, exclamó la Condesa de Lucy, esa historia es verdaderamente horrible!

—Pero auténtica, señora Condesa.

Los demás tertulianos miraron con extrañeza á Mr. Cremieux, como si sospechasen que él y no Marliani había sido el protagonista del drama.

JULIO CALCAÑO.

LOS PREMIOS NOBEL EN 1907

Los agraciados el último año con esos premios, recientemente adjudicados por el Storting sueco y cuyo importe asciende á 190.523 francos cada uno, son: el doctor Carlos Laverán, francés, cuyo retrato hemos publicado ya, por la medicina; el profesor Buchner, alemán, por la química; Ernesto Teodoro Moneta, italiano, y Luis Regnault, francés, por la paz; Alberto Michelson, norteamericano, por la física; y Rudyard Kipling, por la literatura.

Adjuntos publicamos los retratos de tres de ellos y á continuación damos algunos datos biográficos de cada uno, prometiendo publicar en otro número los retratos y las biografías de los demás.

Teodoro Ernesto Moneta en 1848, cuando no tenía más que quince años, combatió en la insurrección de Milán, emigró luego al Piamonte, entró en la escuela militar de Ivree y en 1860 se alistó en el ejército de Garibaldi. Nombrado mayor en Marsala, entró en Palermo y cuidó de la pacificación de Sicilia. En 1867 dejó el servicio de las armas. Sus recuerdos le inspiraron sin duda el libro *La guerra, las insurrecciones y la paz en el siglo XIX*, por el que ahora le ha sido otorgado el premio nobel. Ha sido director del importante diario milanés *Il Secolo* y actualmente dirige la *Vita Internazionale*. Dotado de bondadosos sentimientos y de un temperamento de apóstol, hace veinte años que predica la idea de la paz, formando asociaciones, promoviendo peticiones, reuniones y congresos, y difundiendo por todas partes, en Italia y en el extranjero, con su palabra, con su pluma y con su acción, sus ideales pacifistas.

Juan Buchner es uno de los más eminentes químicos y bacteriólogos alemanes, y en la actualidad hállase al frente del Insti-

tuto de Higiene de Munich. Uno de sus principales méritos científicos es haber demostrado

AMERICANOS DISTINGUIDOS



Ferdinand R. Cestero.
 Presidente del Ateneo de Puerto Rico.

do que Liebig tenía razón, cuando afirmaba que la fermentación puede ser independiente de la vida de las células, pudiendo extraerse y aislarse de las células de levadura una substancia capaz de producir la misma acción que la levadura viva.

Carlos Laverán nació en Estrasburgo, en 1845, fué interno de los hospitales de aquella ciudad en 1866 y 1867, profesor agregado de Val-de-Grace desde 1874 á 1878 y profesor titular desde 1884 á 1894. Entró en la Academia de Medicina en 1893 y en la de Ciencias en 1901. En 1897 se retiró del cuerpo de Sanidad Militar con el grado de médico inspector y entró en el Instituto Pasteur, en donde realiza actualmente, en compañía de su distinguido colaborador, el Dr. Mesnil, importantes investigaciones sobre los tripanozonos y la tripanozomiasis. En 1880 dió cuenta á la Academia de Medicina de su descubrimiento del animalculo denominado hematozoario de Laverán, reconocido por todos los sabios del mundo como agente causal de la fiebre palúdica, descubrimiento con el cual prestó á la ciencia, á la práctica médica y á la higiene profiláctica un servicio inmenso. Ha realizado, además, importantes trabajos sobre la enfermedad del sueño y sobre la peligrosa influencia de los mosquitos en las epidemias.

Luis Regnault, profesor de Derecho Internacional de la Escuela de Derecho de París, miembro del Instituto y ministro plenipotenciario honorario, nació en 1843. Jurisconsulto eminente, ha prestado grandes servicios al Ministerio de Negocios Extranjeros de Francia, asesorándole en importantes asuntos internacionales. Sus dictámenes forman autoridad y sus lecciones, publicadas en libro, son obras clásicas. En la última Conferencia de la Paz de La Haya, representaba á Francia como tercer plenipotenciario y á él se debió la aceptación del convenio sobre el Tribunal internacional de Presas.